

## Introducción

Aunque a muchos de nosotros la religión nos parece hoy una arcaica reliquia del pasado (especialmente, los escritos del Antiguo Testamento, que nos hablan de épocas muchos siglos anteriores al nacimiento de Cristo), para muchos de nuestros padres, abuelos o bisabuelos, estas escrituras se consideraban un evangelio sagrado, la palabra divina. Por otra parte, sus creencias religiosas, y el consiguiente comportamiento y los patrones sociales, han dejado su huella en nosotros en muchos sentidos. En realidad, el pasado antiguo no está tan lejos como imaginamos o preferimos imaginar.

De hecho, si queremos comprender plenamente cómo y por qué el hombre logró aparecer como aquel que realiza las mayores y más destacadas hazañas mientras la mujer queda relegada al papel de paciente comparsa, y en consecuencia se estableció que este era el estado *natural* de las relaciones hombre-mujer, debemos viajar a estas remotas épocas de la historia humana. Hemos de explorar los antiguos orígenes de las civilizaciones humanas y los albores de los patrones religiosos. Y esto, como veremos, no es tarea fácil.

Es sorprendente descubrir lo poco que se ha escrito sobre las deidades femeninas adoradas en las épocas más antiguas de la existencia humana y luego afrontar el hecho de que incluso el material existente ha sido en su mayor parte ignorado en la literatura popular y en la educación general. La mayor parte de la información y de los artefactos relacionados con la vasta religión femenina que floreció milenios antes del advenimiento del judaísmo, el cristianismo y la edad clásica de Grecia, han sido desenterrados solo para volver a ser inhumados en oscuros textos arqueológicos, archivados con meticulosidad en las pilas exclusivamente protegidas de las bibliotecas de museos y universidades. Muy pocos eran accesibles con un título universitario o la prueba de estar vinculado a la universidad.

Hace muchos años inicié una búsqueda. Me llevó a recorrer medio mundo: de San Francisco a Beirut. Quería saber más acerca de la antigua religión de la Diosa. En el camino estaban las bibliotecas, museos, universidades y las excavaciones en Estados Unidos, Europa y Oriente Próximo. En mi itinerario recopilé información de una enorme variedad de fuentes, guardando, con paciencia, cada pequeña frase, oración o fragmento de leyenda a partir de una miríada de información diversa.

Mientras reunía este material sobre las primeras deidades femeninas, descubrí que muchas leyendas antiguas se han utilizado como dramas rituales. Se representaban en ceremonias religiosas de festivales sagrados, que coincidían con otras ac-

tividades rituales. Estatuas, murales, inscripciones, tablillas de arcilla y papiros que registraban eventos, leyendas y oraciones revelaban la forma y actitudes de la religión y la naturaleza de la deidad. A menudo hallaba comentarios en la literatura de un país acerca de la religión o las divinidades de otros. Más interesante fue el descubrimiento de que los mitos que explicaban los orígenes de cada cultura no siempre eran los más antiguos. Era habitual que nuevas versiones suplantaran y desplazaran a las anteriores, mientras declaraban solemnemente que «así eran las cosas al inicio del tiempo».

El profesor Edward Chiera, de la Universidad de Chicago, a propósito del mito babilonio de la creación del cielo y de la tierra por parte del dios Marduk, escribió que «Marduk, el nuevo dios de esta nueva ciudad, ciertamente no tenía derecho a apropiarse de la gloria de esta notable hazaña [...]. Sin embargo, en la época de Hammurabi, Babilonia era el centro del reino [...]. Marduk, respaldado por los ejércitos de Hammurabi, podía proclamarse como el dios más importante en aquella tierra». El profesor Chiera también explicó que, en Asiria, donde el dios Ashur llegó a convertirse en la deidad suprema, «los sacerdotes asirios lo encumbraron copiando las antiguas tablillas babilónicas y sustituyendo el nombre de Marduk por el de su propio dios. El trabajo no era muy minucioso y en algunos lugares aún puede leerse el nombre de Marduk».

Entre las dificultades que encontré a la hora de reunir materiales, no puedo evitar pensar en las antiguas escrituras y en la estatuaria que debieron de haber sido intencionadamente

destruidas. Los relatos acerca de las actitudes hostiles del judaísmo, el cristianismo y el mahometismo (islam) hacia los artefactos sagrados de las religiones que los precedieron revelaban que había ocurrido así, especialmente en el caso de la Diosa a la que se rendía culto en Canaán (Palestina). Las masacres sangrientas, la demolición de estatuas (por ejemplo, ídolos paganos) y santuarios aparecen en las páginas de la Biblia, siguiendo esta orden de Yahvé: «Debéis destruir completamente todos los lugares en los que las naciones a las que habéis desposeído servían a sus dioses, en altas montañas, en colinas, bajo árboles frondosos; debéis derruir sus altares, demoler sus pilares, derribar sus postes sagrados, prender fuego a las imágenes talladas de sus dioses y borrar sus nombres de aquellos lugares» (Dt 12: 2-3). Hay pocas dudas de que los constantes ataques, que recoge el Antiguo Testamento, destruyeron información valiosa e irrecuperable.

En periodos posteriores, los cristianos fueron conocidos en el mundo entero por su destrucción de los iconos y la literatura sagrada perteneciente a los supuestos «paganos» o «infieles». El profesor George Mylonas escribió que, durante el reinado del emperador cristiano Teodosio, «los cristianos, especialmente en las grandes ciudades, como Antioquía y Alejandría, se convirtieron en los perseguidores, y los paganos en los perseguidos; templos e ídolos fueron consumidos por el fuego, y se maltrató a los devotos». A medida que el culto de las antiguas deidades era erradicado y sus templos destruidos, clausurados o convertidos en iglesias cristianas, como ocurría

a menudo, las estatuas y los registros históricos eran aniquilados por los padres misioneros de la cristiandad.

Aunque la destrucción fue grande, no fue total. Afortunadamente, muchos objetos fueron pasados por alto, vestigios que hoy nos relatan su propia versión de la naturaleza de aquellos temidos rituales y creencias «paganas». La gran cantidad de estatuillas de la Diosa desenterradas en excavaciones neolíticas y de los tempranos periodos históricos en Oriente Próximo y Oriente Medio sugieren que los evidentes atributos femeninos de casi todas estas estatuas eran lo que irritaba a los defensores de la deidad masculina. La mayoría de los «ídolos paganos» tenían pechos.

Los autores de la Biblia judeocristiana, tal como la conocemos, parecen haber encubierto premeditadamente la identidad sexual de la deidad femenina considerada sagrada por los vecinos de los hebreos en Canaán, Babilonia y Egipto. El Antiguo Testamento ni siquiera tiene una palabra para «Diosa». En la Biblia, la Diosa recibe el nombre de Elohim, en el género masculino, que se traduce como dios. Sin embargo, el Corán de los mahometanos es muy elocuente. En él leemos «Alá no tolerará la idolatría [...] los paganos rinden culto a mujeres».

Como buena parte de la información fue recogida en bibliotecas de museos y universidades, otro problema que encontré fue el sesgo sexual y religioso de muchos de los eruditos e investigadores de los siglos XIX y XX. La mayor parte de la información disponible en arqueología y en historia religiosa antigua fue recopilada y analizada por hombres. El abruma-

por el predominio de investigadores hombres, y el hecho de que casi todos los arqueólogos, historiadores y teólogos de ambos sexos se hayan educado en sociedades que abrazan las religiones patriarcales del judaísmo y cristianismo, parece influir decisivamente en lo que se incluye y promociona y en lo que se considera menor y apenas digno de ser mencionado. El profesor R.K. Harrison escribió, a propósito de la religión de la Diosa: «Uno de sus aspectos más notables era el carácter obsceno, depravado, orgiástico de los rituales del culto». Pese al descubrimiento de templos a la Diosa en casi todas las excavaciones neolíticas e históricas, Werner Keller señala que la deidad femenina era fundamentalmente adorada en «colinas y montículos», limitándose a repetir las palabras del Antiguo Testamento. El profesor W.F. Albright, una de las principales autoridades en la arqueología de Palestina, describió la religión femenina como «un culto orgiástico a la naturaleza, la desnudez sensual y una mitología tosca». Siguió diciendo que «fue sustituida por la simplicidad pastoral y la pureza de la vida de Israel, su excelso monoteísmo y su severo código ético». Es difícil comprender cómo estas palabras encuentran una justificación académica después de leer acerca de las masacres perpetradas por los hebreos en los habitantes oriundos de Canaán, tal como se recoge en el Libro de Josué, especialmente entre los capítulos nueve al once. En su recopilación de artículos *Myth, Ritual and Kingship*, el profesor S.H. Hooke admite abiertamente: «Creo firmemente que Dios eligió a Israel como vehículo para revelación».

El propio Albright escribió: «Con frecuencia se ha dicho que la calidad científica de la arqueología palestina se ha visto seriamente perjudicada por las preconcepciones religiosas de los investigadores que han excavado en Tierra Santa. Ciertamente, algunos arqueólogos llegaron a Palestina impulsados por su interés en la Biblia, y algunos de ellos recibieron una formación como investigadores bíblicos». Sin embargo, a continuación procedió a rechazar la posibilidad de esta disfunción, basando su conclusión en el hecho de que las fechas atribuidas a los enclaves y artefactos de la antigua Palestina, por parte de los investigadores que participaron en las primeras excavaciones, más tarde se demostró que eran demasiado recientes, y no muy antiguas, como tal vez era de esperar. La cuestión de si las actitudes y creencias implícitas en las sugeridas «preconcepciones religiosas» tal vez influyeran sutilmente en los análisis y descripciones del simbolismo, los rituales y la naturaleza general de la antigua religión ni siquiera se planteó como objeto de debate.

En la mayoría de textos sobre arqueología, la religión femenina aparece como un «culto a la fertilidad», lo que acaso revela las actitudes hacia la sexualidad avaladas por las diversas religiones contemporáneas que han podido llegar a influir en los autores. Sin embargo, la evidencia arqueológica y mitológica de la veneración de la deidad femenina como creadora y legisladora del universo, profeta, guardiana de los destinos humanos, inventora, curandera, cazadora y aguerrida líder en la batalla sugiere que la expresión «culto a la fertili-

dad» es una burda simplificación de una compleja estructura teológica.

Al prestar atención a la semántica, a los sutiles matices lingüísticos y a las sombras de sentido, advertí que la palabra «culto», que tiene las connotaciones implícitas de algo menos refinado o civilizado que «religión», casi siempre se aplicaba a la veneración de las deidades femeninas, no por parte de ministros de la Iglesia, sino por arqueólogos e historiadores supuestamente objetivos. Estos historiadores siempre describían, respetuosamente, como «religión» los rituales asociados con el Yahvé (Jehová) judeocristiano. Después de comprobar que las palabras «Dios» e incluso «Él» empezaban por letra mayúscula, mientras que «la reina del cielo», la «diosa» y «ella» solían escribirse en minúscula, decidí intentarlo al revés, observando cómo estos cambios aparentemente menores influían sutilmente en el significado y en el impacto emocional.

En las descripciones de ciudades y templos largo tiempo sepultados, los autores académicos describían a la Diosa sexualmente activa como «indecente», «intolerablemente agresiva» o «vergonzosamente desprovista de moral», mientras las deidades masculinas que violaban o seducían a ninfas o a mujeres legendarias eran descritas como «traviesas» o incluso como admirablemente «viriles». La explícita naturaleza sexual de la Diosa, unida a su divinidad sagrada, confundió tanto a un investigador que llegó a definirla como la Virgen Ramera. Las mujeres que seguían las antiguas tradiciones sexuales de la fe



en la Diosa, conocidas en su lengua como mujeres santas o sagradas, recibían el reiterado apelativo de «prostitutas rituales». La elección de estas palabras vuelve a revelar una ética etnocéntrica, basada probablemente en actitudes bíblicas. Sin embargo, el uso del término «prostituta» como traducción para referirse a las mujeres que en realidad eran conocidas como *qadesh*, es decir, sagradas, sugiere una falta de comprensión de la propia estructura teológica y social que los autores intentaban describir y explicar.

Las descripciones de la deidad femenina como creadora del universo, inventora o sustentadora de la cultura apenas merecían una o dos líneas, si es que se mencionaba; los investigadores decidían que estos aspectos de la divinidad femenina no merecían ser discutidos. Y a pesar de que el título de la Diosa en la mayoría de los documentos históricos de Oriente Próximo era la Reina del Cielo, algunos autores han insistido en referirse a Ella solo como la eterna «Madre Tierra».

En la descripción de la divinidad femenina, reverenciada como guerrera o cazadora, valerosa soldado o arquera diestra, a veces se han señalado sus atributos «extrañamente masculinos», lo que implica que Su fuerza y valor la convierten en una *freak*, en una anormalidad fisiológica. J. Maringer, profesor de arqueología prehistórica, rechazó la idea de que los cráneos de renos fueran trofeos de caza de una tribu paleolítica. ¿La razón? Fueron descubiertos en la tumba de una mujer. Escribire: «El esqueleto era de mujer, circunstancia que parece descartar la posibilidad de que los cráneos y cuernos de reno

sean trofeos de caza». ¿Acaso estos autores juzgaban la naturaleza física innata de las mujeres a través de los frágiles y esbeltos ideales de las modas occidentales contemporáneas?

Las sacerdotisas de la Diosa, que ofrecían guía y consejo en Sus santuarios de sabiduría profética, se describen como adecuadas para este puesto porque, en tanto mujeres, eran más «intuitivas» o «emocionales», y por lo tanto médiums ideales para la revelación divina. Normalmente estos mismos autores ignoran la importancia política del consejo ofrecido o la posibilidad de que estas mujeres fueran respectadas como sabias y conecedoras, capaces de ocupar una posición vital y como asesoras. Curiosamente, las cualidades emocionales o las capacidades intuitivas nunca se mencionan en relación con los profetas hombres de Yahvé. Gerhard Von Rad comentó: «[...] siempre han sido las mujeres quienes han demostrado una inclinación a oscuros cultos astrológicos».

La palabra «dioses», preferentemente a «deidades», era la opción principal de los escribas contemporáneos de la antigua religión al referirse a deidades tanto masculinas como femeninas. Las traducciones conflictivas, incluso algo tan simple como «Él barrió de los campos a las mujeres que reunían leña», de Driver, a «De acá para allá, en los campos, las mujeres cortaban madera», de Gray, plantean cuestiones relativas a la precisión del uso de ciertas palabras en las traducciones. Ciertamente, a menudo las lenguas antiguas son difíciles de descifrar y traducir en palabras y términos contemporáneos. En algunos casos surgen conjeturas bien fundadas, lo que resulta provisio-

nalmente útil, pero también es probable que afloren actitudes preconcebidas.

Por desgracia, ejemplos de traducciones inexactas, comentarios sesgados, hipótesis y especulaciones se mezclan inocentemente con las explicaciones de las actitudes y creencias de los tiempos antiguos. El sesgo masculino, junto a actitudes religiosas preconcebidas, que aparecen en cuestiones relevantes y menores, plantea algunas preguntas muy acuciantes y pertinentes en relación con la objetividad del análisis del material arqueológico e histórico disponible en la actualidad. Sugiere que las teorías y conclusiones aceptadas durante mucho tiempo deben ser reexaminadas, reevaluadas y, allí donde la evidencia actual así lo requiera, revisadas.

En 1961, el profesor Walter Emery, que participó en las excavaciones de algunas de las primeras tumbas egipcias, describió una serie de errores. Afirma que «la posición cronológica y el estatus de Meryet-Nin es incierto, pero hay razones para suponer que podría ser la sucesora de Zer y la tercera soberana de la primera dinastía». Al comentar la excavación de esta tumba realizada por sir Flinders Petrie en 1900, observa: «En aquella época se creía que Meryet-Nin era un rey, pero la investigación posterior ha demostrado que el nombre es de mujer y, a juzgar por la riqueza de la sepultura, que se trataba de una reina». Y añade: «En 1896, De Morgan, entonces director del Servicio de Antigüedades, descubrió en Nagadeh una gigantesca tumba que, en función de los objetos que contenía, se identificó como el enterramiento de Hor-Aha, primer

rey de la primera dinastía. Sin embargo, la investigación ulterior ha demostrado que este sepulcro corresponde a Nit-Hotep, madre de Hor-Aha». Y nos explica que «en el cetro de Narmer aparece una figura sentada en un palanquín con dosel que se creía era un hombre, pero la comparación con figuras similares en una placa de madera de Sakkara demuestran que esto es improbable y que casi con toda seguridad representa a una mujer». Sin embargo, pese a su propia enumeración de la serie de supuestos según los cuales las tumbas más ricas y los palanquines regios del pasado estaban destinados a hombres y no a mujeres, al describir la tumba del rey Narmer, dice lo siguiente: «Este monumento es casi insignificante en comparación con la tumba de Nit-Hotep en Nagadeh, y *solo podemos concluir* que se trata de la tumba sur del rey y que su verdadera sepultura aún espera a ser descubierta...» (la cursiva es mía). Aunque algunos faraones construían dos tumbas, esperamos un «posiblemente» o un «probablemente» en lugar de una conclusión tan rotunda y el desdén implícito a la posibilidad de que, en aquel periodo del antiguo Egipto dinástico, la tumba de una reina fuera más grande y tuviera una decoración más lujosa que la de un rey.

En *Palestine Before the Hebrews*, E. Anati describió a un grupo de asiáticos que llegaron a Egipto. En su descripción, explica que llegaron los hombres y trajeron consigo sus bienes y sus asnos, sus esposas y sus hijos, sus herramientas, armas e instrumentos musicales, en ese orden. La forma en que Anati describe las más tempranas manifestaciones de la Diosa no es

menos patriarcal. Escribe: «Estos *hombres* del Paleolítico Superior también crearon una figura femenina que aparentemente representaba a una diosa o entidad de la fertilidad [...], las implicaciones psicológicas de la diosa madre son, por tanto, de una importancia tremenda [...]. Es innegable que aquí tenemos la imagen de un *hombre* pensante, un *hombre* que ha alcanzado notables logros intelectuales y materiales» (la cursiva es mía). ¿Es posible que las ancestras de las mujeres enumeradas junto a los asnos y otros bienes fueran mujeres pensantes, mujeres que habían alcanzado relevantes hazañas intelectuales y materiales?

La doctora Margaret Murray, de la Universidad de Londres, al escribir sobre el antiguo Egipto en 1949, sugirió que la serie de acontecimientos que rodean las relaciones «románticas» de Cleopatra, que ostentaba el derecho legítimo al trono de Egipto, fueron malinterpretados como resultado del sesgo masculino. Lo explica así: «Los historiadores clásicos, imbuidos de una tradición de monogamia y linaje patrilineal, además de considerar a las mujeres como propiedad de los hombres, no entendieron la situación y la malinterpretaron ante el mundo».

Estos son solo algunos ejemplos de sesgo sexual y religioso con los que me he tropezado. Como escribe Cyrus Gordon, profesor de estudios de Oriente Próximo y ex jefe de departamento de la Universidad Brandeis en Massachusetts, «en el proceso de aprendizaje no solo absorbemos el objeto de estudio, sino también actitudes. Es más, las actitudes tienden a determinar lo que vemos, y lo que no llegamos a ver, en la mate-

ria objeto de estudio. Por eso la actitud es tan importante como el objeto de estudio en el proceso educativo». Se nos vienen a la mente muchas preguntas. ¿Hasta qué punto muchos de los investigadores que han escrito los textos disponibles en la actualidad han estado influidos por las religiones contemporáneas? ¿Cuántos expertos han asumido simplemente que los hombres siempre han desempeñado el rol dominante en el liderazgo y la invención creativa y han proyectado este supuesto en su análisis de las culturas antiguas? ¿Por qué tantas personas educadas en este siglo piensan en la Grecia clásica como en la primera cultura destacada, cuando el lenguaje escrito ya era utilizado y se habían erigido grandes ciudades al menos veinticinco siglos antes? Y, tal vez lo más importante, ¿por qué se infiere constantemente que la era de las religiones «paganas», la edad del culto a las deidades femeninas (si acaso se las menciona), era oscura y caótica, misteriosa y perversa, sin la luz del orden y la razón que supuestamente acompaña a las religiones masculinas posteriores, cuando arqueológicamente ha quedado confirmado que las primeras leyes, gobiernos, medicina, agricultura, arquitectura, metalurgia, vehículos rodados, cerámicas, textiles y lenguaje escrito se desarrollaron inicialmente en sociedades que adoraban a la Diosa? Podemos preguntarnos por las razones de la falta de información fácilmente accesible sobre sociedades que, durante miles de años, reverenciaron a la antigua Creadora del Universo.

A pesar de los muchos obstáculos, busqué y reuní la información existente y empecé a cotejar y correlacionar mis ha-

llazgos. Al emprender este proceso, la importancia, longevidad y complejidad de esta religión pasada empezó a tomar forma ante mí. A menudo era solo la mención de la Diosa, parte de una leyenda, una oscura referencia, emboscada en cuatrocientas o quinientas páginas de erudición académica. Un desolado templo en Creta o una estatua en el museo de Estambul, con escasa o nula información añadida, empezó a ocupar su lugar en la imagen general.

Al reunir concienzudamente esta información, acabé por aprehender la realidad en su conjunto. Era algo más que la inscripción de una antigua oración, más que una reliquia artística descansando en un museo, detrás de un vitrina, más que un campo de maleza con columnas rotas diseminadas o las piedras o cimientos que habían sostenido un antiguo templo. Al unir las piezas de este rompecabezas revelaron la estructura general de una religión fundamental, geográficamente vasta y que influyó en la vida de multitud de personas durante miles de años. Como ocurre con las religiones actuales, estaba plenamente integrada en los patrones y leyes de la sociedad; probablemente, la ética y las actitudes asociadas a estas creencias teológicas arraigaron profundamente incluso en las mentes más agnósticas o ateas.

No estoy sugiriendo un regreso o renacimiento de la antigua religión femenina. Como escribe Sheila Collins, «como mujeres, nuestra esperanza de realización está en el presente y en el futuro, no en una suerte de dorado pasado mítico». Sin embargo, tengo la esperanza de que una conciencia contem-

poránea de la veneración, antaño universal, de la deidad femenina en tanto sabia Creadora del Universo y de toda vida y civilización pueda ser utilizada para atajar las diversas, opresivas y falsamente fundadas imágenes, estereotipos, tradiciones y leyes patriarcales que fueron creadas como reacción directa al culto a la Diosa por parte de los líderes de las religiones falocéntricas posteriores. Como explicaré, las invenciones ideológicas de los defensores de las deidades masculinas, impuestas al antiguo culto con la intención de destruirlo tanto a él como a sus tradiciones, siguen vigentes incluso entre la población no religiosa en la actualidad, a través de la subsiguiente absorción por parte de la educación, la ley, la literatura, la economía, la filosofía, la psicología, los medios de comunicación y las actitudes sociales.

Este libro no pretende ser arqueológico o histórico. Es una invitación a que todas las mujeres se unan en el afán de descubrir quiénes somos en realidad, empezando por comprender nuestra herencia del pasado como algo más que un fragmento enterrado y erosionado de la cultura masculina. Debemos eliminar el misticismo exclusivo del estudio de la arqueología y la religión antigua, para explorar el pasado en nuestro propio beneficio, en lugar de seguir dependiendo de los intereses, interpretaciones, traducciones, opiniones y pronunciamientos que se han generado hasta hoy. Al compilar la información, estaremos en una mejor posición para comprender y explicar los supuestos erróneos en los estereotipos inicialmente creados para que las mujeres los aceptaran y siguieran a partir de



las proclamas de las religiones patriarcales, según las cuales, y en función de la palabra divina, un rasgo específico era normal y natural y cualquiera desviación, impropia, poco femenina o incluso pecaminosa. Como mujeres, solo podremos concebirnos a nosotras mismas como seres humanos maduros e independientes si comprendemos los principios de las teologías judeocristianas a la luz de sus orígenes políticos, y la posterior absorción de esos principios en la vida secular. Gracias a esta comprensión, podremos considerarnos a nosotras mismas no como subordinadas permanentes, sino como personas activas; no como ayudantes decorativas y cómodas de los hombres, sino como individuos responsables y competentes de pleno derecho. La imagen de Eva *no* es nuestra imagen de la mujer.

También es una invitación a todos los hombres, tanto a aquellos que han cuestionado previamente las razones del papel y de las imágenes de mujeres y hombres en la sociedad contemporánea como a aquellos que nunca antes han pensado en esta cuestión. Es una invitación que extiendo con la esperanza de que, al ser conscientes de los orígenes históricos y políticos de la Biblia, y del papel desempeñado durante siglos por las teologías judeocristianas en la formulación de las actitudes hacia las mujeres y los hombres del presente, tenga lugar una mayor comprensión, cooperación y respeto mutuo entre mujeres y hombres de la que hasta ahora ha sido posible. Para los hombres interesados en este objetivo, explorar el pasado ofrece una comprensión más profunda y realista de los estereoti-

pos sexuales del presente, situándolos en la perspectiva de su evolución histórica.

Como ocurre con toda obra o estudio de cierta amplitud, son muchas las personas que me han ayudado generosamente en el camino y a quienes debo agradecimiento. En primer lugar, quiero dar las gracias a mi madre, a mi hermana y a mis dos hijas por el coraje emocional que me han brindado en todos estos años de investigación. También quiero expresar mi aprecio por Carmen Callil y Ursula Owen de Virago Limited, la sección feminista de Quartet Books Limited en Londres, por el tiempo, el esfuerzo y el esmero personal que pusieron en la edición y publicación original del libro en Inglaterra; y a Joyce Engelson, Debra Manette, Donna Schrader, Anne Knauerhase y al resto del personal en The Dial Press, por su contribución generosa a la presente edición. A continuación, están los directores y el personal de los museos, los bibliotecarios de universidades y museos, los arqueólogos y trabajadores en las excavaciones: son tantos que dudo a la hora de mencionar sus nombres por temor a olvidar a alguien; todos ellos me han sido de una extremada utilidad. Luego están los arqueólogos e historiadores cuyos libros he utilizado. (Muchos de ellos incluyen fragmentos muy superficiales en sus obras y algunos se las apañan para ignorar la existencia de la deidad femenina.) Aunque algunos de los comentarios y conclusiones me hacían vacilar, en un desaliento extenuado, ante su creencia interiorizada y nunca cuestionada en el natural dominio masculino, su trabajo a la hora de desenterrar y descifrar los artefactos

del pasado ha hecho posible este libro. De hecho, no puedo sino albergar la esperanza de que lo que he dicho, y lo que expondré en el resto del libro, ejerza algún efecto en su futura percepción de los pueblos que adoraban a la Diosa.

Las obras de Stephen Langdon, S.G.F. Brandon, Edward Chiera, Cyrus Gordon, Walther Hinz, E.O. James, James Meilaart, H.W.F. Saggs, J.B. Pritchard y R.E. Witt me han resultado especialmente útiles. Sin embargo, en esencia estoy más en deuda con la obra de investigadoras como Margaret Murray, Jane Harrison, E. Douglas Van Buren, Sybelle von Cles-Roden, Florence Bennett, Rivkah Harris y Jacquetta Hawkes, por haber presentado una información vital desde una perspectiva única que me ha proporcionado el valor para cuestionar la objetividad de buena parte de lo que se ha escrito, aprender a tamizar minuciosamente el material para separar la opinión de los hechos y –esto es, acaso, lo más importante– descubrir lo que había quedado al margen

Aunque la arqueología y la religión antigua pueden parecer campos muy aislados o esotéricos, espero que este libro contribuya a animar a más personas a explorar estos temas por sí mismas, a fin de que algún día podamos comprender mejor los acontecimientos del pasado, sacar a la luz lo que se ha ocultado a propósito o por negligencia y desafiar los innumerables supuestos infundados que durante tanto tiempo han pasado por hechos.